ro de sus alumnos preservados de la comun epidemia, y que á esfuerzos del ingenio sostuvieron hasta nuestros dias la lánguida literatura. Tales son entre muchos el benemérito don Alfonso Clemente de Aróstegui, el erudito bibliotecario Santander, el historiador Flórez, el poeta Baca de Guzman, y en fin el ínclito Jovellanos, que dexando atras el mérito de Herrera dictó leyes á la agricultura; y que para confusion de nuestros émulos sirve de norma al congreso nacional para fixar el recto sistema en los mas importantes ramos de economía pública. La modestia se ofenderia y la rivalidad se alarmára, si quisiesemos hacer honorífica mencion de los ilustres complutenses que en el dia ocupan tan glorioso lugar en la restauracion patriótica. Pero todos á una vez, antiguos y modernos quedan cubiertos de rubor y de ignominia con un solo rasgo de pluma que decreta nuestro exterminio. Y este es el galar-